EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA SULTANA DE MARRUECOS

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ENRIQUE LÓPEZ MARÍN

Y

LUIS GABALDÓN

MÚSICA DEL MAESTRO

DON JOAQUÍN VIAÑA



MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1890

LA SULTANA DE MARRUECOS

2

LA SULTANA DE MARRUECOS

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ENRIQUE LÓPEZ MARÍN de Insausti

Y

LUIS GABALDON

MÚSICA DEL MAESTRO

DON JOAQUÍN VIAÑA

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO ESLAVA la noche del 14 de Octubre de 1890



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1890

COMUNICACIÓN

—¡Central!...
—Comunicación con Eslava.
—En seguida.
—¡Tirrr!... ¡Tirrr!...
—¿Quién llama?
—Nosotros.
—Bueno, ¿y qué?
—Nada; somos los de LA SULTANA, *y queríamos decirles á Emilio Carreras y á Pepe Amaré que les dedicamos la cosa.*
—Bueno, ¿y qué?
—Que somos los de LA SULTANA, *y...*
—Bueno, pero ¿y qué?
—Que nuestro objeto es darles una prueba de gratitud con eso. De modo que haga usted el favor de hacerlo presente.
—¿Desea algo más?
—Sí. Que se haga extensivo nuestro agradecimiento á Lucrecia Arana y á Vega, por haber cantado como los ángeles.
—¿Y qué más?
—Y á la Sra. Brieva, Srta. Gómez y Sres. Roldán y Asensio, porque todos han contribuído al éxito del juguete.
—Está bien.

Aquí se cortó la comunicación por

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ÁFRICA	Srta. D.ª Lucrecia Arana.
DOÑA FILOMENA	Sra. D.ª Josefa Brieva.
MANUELA	Srta. D.ª Manuela Gómez.
DON TIBERIO GRANDE	Sr. D. Emilio Carreras.
RODRIGO	» Ventura de la Vega.
ARMANDO CISCO	» Eduardo Roldán.
TORIBIO	» Ricardo Asensio.

La escena en Madrid.—Época actual

Por derecha é izquierda. las del actor

NOTA. En obsequio á los autores de este juguete, el notable primer actor Sr. Vega se brindó á desempeñar el papel de RODRIGO, que áun no siendo *de su cuerda*—como él dice—obtuvo aplausos tan prolongados como justos.

Conste, pues, para su satisfacción y nuestra gratitud.

ACTO ÚNICO

Sala bien amueblada. Puerta al foro y dos laterales. Mesa de escritorio etc., etc. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DON TIBERIO con un ejemplar manuscrito en la mano. Después FILOMENA

TIB. ¡Esto ha de arrebatar! ¡Qué descripción! ¡Qué energía! (Leyendo.)

Clavándole el puñal en la cadera,
huye el vil criminal por la ladera.

¡Soberbio! Esta obra me colocará en el pináculo de la gloria. Y si no en el de la glòria, en otro pináculo por el estilo. ¡Qué situación dramática la del Príncipe! Después de esto, se armará el gran...

FIL. (Dentro.) ¡Tiberio!

TIB. ¡No, mujer! ¿Qué dices? Se armará el gran alboroto por conocer el nombre del autor. Y el público me llamará...

FIL. (Saliendo por la izquierda.) Calamidad, ¿no oyes que te llamo?

TIB. ¡Ah, sí! (Ya pareció aquello.)

FIL. ¿Con quién hablabas?

TIB. Con las musas. Estaba embebido, empapado en mi obra con O mayúscula. A propósito; llegas como pedrada en ojo de cristalero. Mira, Filomenita, entérate.

FIL. ¡Pero qué chiflado estás!

TIB. Fíjate bien. Segundo acto. Verás. Plaza á todo foro. A la derecha, el *Templo de los doce caños* y á la izquierda el *Depósito de las aguas.*

FIL. Entonces la acción pasa en los Cuatro Caminos.

TIB. No, mujer, en Tetuan.

FIL. Pues no me he equivocado mucho.

TIB. Me refiero al de Marruecos.

FIL. ¡Ah!

TIB. Se dirigen al Templo los Príncipes *Almanzor* y *Fátima* para contraer matrimonio, acompañados de los moros de la costa. Después de celebrada la ceremonia, van á almorzar á la *Cuba de los dos Francos.* Aunque la situación del almuerzo por sí sola tiene bastante fuerza, me ha parecido bien reforzarla con un número de música originalísimo. Escucha y admírate, Filomenita. (Ella se sienta.)

Musica (1)

FIL. Te vas á volver loco.

TIB. Los grandes hombres, fueron tenidos por tales, de modo, que esa frase, lejos de ser un insulto, lisonjea mi fantasía.

FIL. ¡Pero, ven acá, pobre hombre!... (Con malos modos.)

TIB. (Esta se la gana hoy.)

FIL. ¿Puede meterse en esas honduras el hombre que ha pasado la vida haciendo fideos?

TIB. El genio se impone, Filomena. Nada tiene de particular que mis luces no se hayan encendido hasta ahora.

FIL. ¡Tus luces!... Tienes tú muy poco aceite mineral.

TIB. Pues verás si se me inflama el fósforo.

FIL. Por supuesto, que quien te ha levantado los cascos, es ese tal Armando, ese amigote...

TIB. Retira eso de cascos, porque padece mi dignidad personal.

FIL. ¿A quién se le ocurre abandonar ahora la

---

(1) La letra de este número está en la partitura.

cría de canarios y meterse á escribir comedias?

TIB. A mí y á cualquiera que tenga sentido común.

FIL. Bueno. Está bien...

TIB. ¡Pero, mujer!...

FIL. Quita de ahí, melón. (Mutis primera izquierda.)

ESCENA II

TIBERIO á poco MANUELA, foro

TIB. Esa es la única errata de mi vida. Pero es de esas que no se enmiendan nunca.

MAN. (Por el foro con periódicos.) Señorito, aquí están los papeles.

TIB. ¡Tú eres la portadora de la mitad de mi fama! Vengan. Toma *La Moda Elegante.* Llévasela á la señorita Africa.

MAN. Voy. (La verdad es que la señorita tiene nombre de perra). (Mutis por la primera izquierda.)

TIB. Aquí vendrá mi suelto. ¡Ah!... el éxito de mi obra aplacará las iras de mi mujer. Cuando ella vea que mi nombre pasa á la inmortalidad...

ESCENA III

DON TIBERIO y ARMANDO, foro

ARM. Hola, insigne, incomparable D. Tiberio.

TIB. Hola, querido colega. Llega usted en la mejor ocasión.

ARM. Yo soy muy oportuno. ¿Qué hay?

TIB. Escuche usted, á ver qué le parece.

ARM. ¿El sueltecito, eh?

TIB. Sí. Ya le he soltado. (Leyendo.) «Un conocido »y laborioso fabricante de fideos, nos encar»ga insertemos la siguiente noticia: Que ha»biendo terminado un melodrama de gran »espectáculo, titulado *La Sultana de Marrue»cos*, lo pone á disposición de las empresas

»teatrales, haciendo notar, que dicho fabri-»cante de fideos, corre con todos...» (Volviendo la hoja.).

ARM. ¿Con todos los fideos?...

TIB. «Con todos los gastos que origine su repre-»sentación, y ofrece una prima á la empre-»sa que tome á su cargo este asunto.»

ARM. ¡Muy bien!

TIB. «Para más detalles, dirigirse etc.. etc.»

ARM. Verá usted lo que tardan en meterse aquí todos los empresarios de Madrid.

TIB. ¿Crée usted que yo soy tonto? El libro impreso lo mandaré hacer en colores. El título en rojo, la cubierta en azul, el nombre del autor en amarillo.

ARM. Ese estaría mejor en blanco.

TIB. No. El amarillo es más simbólico tratándose de un fabricante de fideos.

ARM. Pero de hacerlo así no lo mande usted á la imprenta.

TIB. ¿Pues, dónde?

ARM. Al tinte.

TIB. No sea usted guasón.

ARM. Mire usted, don Tiberio; nos aguardan en el Suizo. He dicho que hoy leería usted la obra y se han reunido una porción de amigos míos.

TIB. Bueno. Pues vamos allá.

ARM. Ellos le indicarán algún efecto, algún detalle en que usted no se haya fijado.

TIB. Corriente. Está bien pensado.

ARM. Se mandan sacar unas botellas de Jerez y unos emparedados, porque no digan...

TIB. Sí, hombre; lo que usted quiera. Vamos pronto. (Tomando el sombrero.)

ARM. ¡Jerez!... ¡Emparedados!... ¡Qué perspectiva! (Mutis los dos por el foro.)

ESCENA IV

AFRICA y FILOMENA, primera izquierda.

AFRICA No le convencerás.

FIL. Ya lo veremos. Pobre porfiado... saca Tibe-

rio. (Asomándose á la derecha.) Vaya, ya se fué. De fijo que se lo ha llevado don Armando. (Se sientan.)

AFRICA ¿Armando qué, mamá?

FIL. ¡Armando Cisco! Ya ves, hija mía, un hombre que tiene por nombre y apellido el índice de una revolución. Por supuesto que no se llama así; pero tendrá que ocultarse...

AFRICA ¡La manía de ser autor le tiene dominado, y temo que no autorice mi casamiento con Rodrigo!

FIL. Ya le quitaré yo esa manía.

AFRICA ¿Oiste lo que dijo ayer en la mesa?...

FIL. Sí. Que no te habías de casar más que con uno que fuese escritor ó periodista.

AFRICA Y precisamente Rodrigo tiene un odio africano á todos los que escriben.

FIL. No hagas caso. Rodrigo se casará contigo; es un muchacho que te conviene. (Campanilla dentro; á poco atraviesa Manuela por el foro.)

AFRICA Y además es teniente de navío.

FIL. Que es un *además* muy importante.

AFRICA ¡Qué buena eres, mamá!

FIL. Es mi deber, hija mía.

ESCENA V

DICHAS y RODRIGO, foro.

ROD. Con permiso.

FIL. Adelante.

ROD. ¡Señora!... (Le da la mano.) ¡Africa!... (Idem.) ¿Está tu papá en casa?

FIL. No. Pero no creo que tarde.

ROD. Vengo decidido á pedirle tu mano.

FIL. De eso estábamos hablando.

ROD. Dentro de dos meses emprendo un largo viaje. Voy destinado á Filipinas y fijaré mi residencia en Manila; pero quiero casarme antes.

AFRICA (¡Qué gusto!) La cuestión es convencer á mi papá.

ROD. Si tu papá se opone te robo. (Aparte á Africa)

AFRICA (Aparte á Rodrigo.) No disparates.

FIL. (¿Secretitos?) Les daré un ratito de espansión. Al fin y al cabo, están para casarse. (Se sienta al lado de la mesa de espaldas á Rodrigo y Africa y lee *La Moda Elegante.*)

ROD. Vas á ser mi esposa.

AFRICA Me parece mentira, Rodrigo.

ROD. Pues no lo dudes, Africa. Iremos lejos, muy lejos.

AFRICA ¿Filipinas está muy lejos?

ROD. A tres mil leguas

AFRICA Voy á tener miedo.

ROD. No temas. Iremos juntos, así, muy juntitos. (Abrazándola con discreción.)

AFRICA Pero, hombre, ¿y mamá?...

ROD. No. Tu mamá se quedará en España. ¡Verás qué hermoso panorama ofrece el sol al salir por entre las olas!

Música

ROD.
Allá en los mares mientras el barco
se balancea
luciendo el negro penacho de humo
de la caldera,
tú entre mis brazos con mis caricias
y así muy cerca,
verás qué dulces las horas pasas
lejos de tierra.

AFRICA
Si allá en los mares busca tu barco
mullido lecho,
luciendo airoso los espirales
del humo negro,
yo entre tus brazos y tus caricias
hallar pretendo
dicha y ternura, sosiego y calma,
placer eterno.

ROD.
Queriéndonos así,
verás que gusto dá
bogar ambos en pos
de la felicidad.

AFRICA
Si el cuadro de tu amor
se llega á realizar,

con qué placer iré
contigo á navegar.

ROD. Lo mismo, vida mía,
que allá en los mares
temen á las tormentas
los navegantes,
aquí en el pecho
de que tú no me quieras
temores tengo.

AFRICA No hay razón, dueño mío,
para que temas,
de mi amor en el fondo
no habrá tormenta;
barco es tu pecho,
tranquila voy si tú eres
buen marinero.
¡Bogar! ¡Bogar!

LOS DOS Queriéndonos así
verás que gusto dá, etc., etc.

Hablado

FIL. Mira, niña, ¡qué bonito dibujo! (Rodrigo coge el sombrero.)

AFRICA ¿Te vas?

ROD. Sí. Yo las dejo á ustedes; don Tiberio no viene y yo tengo que ir al ministerio de Ultramar. Luego vuelvo aquí; hablo á papá, me concede tu mano, y antes de un mes..... es usted mi mamá política.

AFRICA Muy facil lo ves.

FIL. Hasta luego, Rodrigo. Si tengo ocasión, yo le hablaré también.

ROD. Pues, hasta luego. (Dando la mano á Filomena, luego á Africa.)

AFRICA Adiós, mi teniente.

ROD. Adiós, mi reina. (Vase por el foro.)

ESCENA VI

AFRICA y FILOMENA

FIL. A ver si terminas de bordar los almohadones de raso.

ÁFRICA A eso voy, mamá. ¿Crees tú que papá accederá?

FIL. A la primera, no. Pero, descuida, que te casarás con él.

ÁFRICA (¡Cuándo será el día!) (Mutis primera izquierda. Campanilla.)

FIL. Ahí está el autor. Si Rodrigo aguarda un instante... se encuentran.

ESCENA VII

FILOMENA, DON TIBERIO

TIB. (Entra loco de alegría) ¡Sublime! ¡Magnífico! ¡El éxito ha sido colosal!... ¡Vengo loco de alegría! Si lo hubieras presenciado... He leido mi obra en el Suizo.

FIL. ¿Y qué?

TIB. Nada, lo mismo que lo presentía. Un exitazo; el delirio...

FIL. ¡Tremens!

TIB. ¡Qué Tremens! ¡Tremebundo! Todos los amigos me rodeaban apiñados para no perder ni una letra. Unos se acercaban para oir mejor lo que yo leía; otros comían emparedados y callaban; los camareros, con las rodillas al hombro...

FIL. ¿Cómo con las rodillas al hombro?

TIB. Bien, mujer, con los paños; es igual. Tenían los oidos en mi mesa y los ojos en las otras. El vulgo en las ventanas, rabiando de curiosidad. Cada verso interrumpíase por un aplauso, cada frase por un bravo, cada escena por un movimiento de impaciencia. Todos, mudos, fijos, absortos, y tan atentos á la lectura, que maquinalmente se comieron cuatro ó seis docenas de emparedados. Al final del segundo acto, uno de los mozos cayó redondo al suelo.

FIL. ¿De un ataque de entusiasmo?

TIB. No; de un taponazo de cerveza.

FIL. ¡Ah!

TIB. Sí. Le dió en un ojo y el dolor le privó del

sentido. Se interrumpió la lectura unos instantes; seguí, y al final del acto tercero...

FIL. ¿Cayó otro mozo?

TIB. No; le dí con el sombrero á una bomba y rompí una botella de *¡Pum!* por copas Pero estos detalles, no apagaron en nada el entusiasmo de los oyentes. ¡Qué de enhorabuenas!... ¡Qué de felicitaciones!... Figúrate, Filomenita, si esto ha sido en un café, ¿qué no sucederá la noche del estreno?

FIL. Que te traerán á casa en una camilla.

TIB. ¿Qué dices?... ¡Ah, mujer prosáica y pobre de espíritu! ¡Tú no concibes lo sublime! ¡No sientes el arte! ¿Comprendes á Thalía? ¿La inspiración? ¿El genio? ¿El alma? ¿La metempsícosis? ¿Sabes tú lo que es la metempsícosis?

FIL. No. ¿Qué es?

TIB. Pues, es, por ejemplo, que cuando yo muera, mi alma penetrará en el cuerpo de un animal.

FIL. ¡Pues para esó no necesitas morirte!

TIB. ¡Gracias!

FIL. ¿Cuántos fabricantes de fideos has visto tú que se echen para escribir?

TIB. Echarse para escribir, no he visto á nadie. Ni á los fabricantes de fideos.

FIL. ¿Crées tú que vas á llegar á ser autor dramático?

TIB. (Con énfasis.) Mira, ¡me siento crecer!... ¡Autor!...

FIL. Bueno, si quieres escucharme, me escuchas. Ha venido...

TIB. ¿Algún empresario?

FIL. ¡Qué!... El novio de la niña.

TIB. ¡Ah!... ¿La niña tiene novio?

FIL. Sí. Y quieren casarse.

TIB. No se lo aconsejo á él. Los hombres no deben casarse nunca. Las mujeres ya es otra cosa.

FIL. ¿Por qué te has casado tú?

TIB. Por irreflexión.

FIL. No empecemos.

TIB. Bueno. Sigue.

Fil. El es un buen chico y quiere casarse porque emprende un largo viaje.

Tib. ¡¡Tiene prisa!! ¿Cuándo se va?

Fil. Pues... muy pronto.

Tib. ¿Dónde?

Fil. Á Manila.

Tib. ¡Ah! Bueno, pues allí no va mi hija.

Fil. ¡Pero, hombre!...

Tib. ¿Escribe?

Fil. ¡No!

Tib. ¡No hay boda!

Fil. ¡Pero, hombre!

Tib. Nada; no me convences. O se casa con uno que sepa escribir ó se queda soltera toda la vida.

Fil. ¡Cuando digo yo que estás loco!

Tib. ¡Irrevocable!...

Fil. Déjame en paz. ¡Melón! ¡¡Calabaza!! ¡¡Pepino!!...

Tib. ¡¡Coliflor!! ¡¡Bellota!! ¡¡Camuesa!! ¡Toma frutitas, anda! ¡Oh!... la mujer... Es una equivocación de la Naturaleza. Está mal constituída; tiene un organismo defectuoso; le falta algo... Porque... bueno, ya les hablaré á ustedes más despacio de este asunto. Volviendo á mi cuestión de Africa. Esta situación del príncipe es débil. ¡Claro! No ha de ser débil, si el príncipe no se ha desayunado hace tres días. Tienen razón los chicos del café. Aquí hay un lunar. Es preciso corregirlo No lo ví yo cuando el ensayo del otro día. Lo pasaremos otra vez. ¡Africa! (Llamando.) Me falta el sultán.

ESCENA VIII

TIBERIO, AFRICA, después FILOMENA, MANUELA y NEPTUNO

Africa ¿Qué quieres, papá?

Tib. Vén. Se trata de una cosa muy interesante para mí y para todos.

Africa (Ya sabe lo de la boda.)

Tib. Dile á tu mamá que venga.

AFRICA Voy. (Hace mutis por la izquierda.)

TIB. Más ven cuatro ojos que dos; y los dos míos no habían visto esta situación.

FIL. (Saliendo.) Pero, ¿es que tú no quieres dejarnos en paz? Todos los días la misma canción.

TIB. Claro, hasta que se sepa. Avisa á Manuela. Hay que darle un toquecito.

FIL. ¡A Manuela!

TIB. No, mujer, á esta escena.

FIL. Voy. (Mutis por el foro.)

TIB. Y no hay remedio. Este es el momento culminante. Todo se reduce á que la música, mía también, por supuesto, sufra alguna alteración.

MAN. (Entrando.) Me ha dicho la señorita que usted me necesitaba.

TIB. Sí. A ver si te enteras Tú atraviesas una situación desesperada.

MAN. ¡Ay! parece que se lo han dicho á usted, porque mi sargento...

TIB. No se trata de eso. Atiende. Tu madre, que ha sido dama de honor...

MAN. No, señor; no está usted *enterao*, mi madre no ha sido eso que usted dice, sino vendedora de palillos de enebro.

TIB. Bien, pero escucha. Tu madre ha muerto...

MAN. ¿Qué dice usted? ¿Es de veras? ¿Por qué no me lo ha dicho usted ántes? (Llorando.)

TIB. ¡Pero, mujer, si todo esto es en sentido figurado. Es un decir.

MAN. ¡Ah!

TIB. A ver si me entiendes. Tú no eres lo que eres; eres lo contrario de lo que eres y serás; eso es lo que tú eres.

MAN. Pues, no sé lo que soy.

TIB. Más claro. Tú vas á hacer un papel.

MAN. Mire usted, señorito, que yo no sirvo para hacer papeles.

TIB. Se trata de mi obra, mujer.

MAN. Esa es otra.

TIB. No, es la misma. Dí á Toribio que venga á ensayar. (Manuela asoma al foro.)

MAN. ¡Toribio! ¡Toribio! (Aparece en la puerta del foro.)

TIB. ¡Pasa, hombre, pasa!
TOR. Cun permiso.
TIB. (Llamando.) ¡Filomena! ¡Africa!
TOR. (Vaya. Cumedias tenemos.)
FIL. (Saliendo.) ¡Qué paciencia, Dios mío!
AFRICA (Idem.) Aquí nos tienes.
FIL. Pero, hombre, ¿qué hace aquí este?
TIB. Está en clase de figura decorativa. Es el sultán.
TOR. Nun, señor. Soy Toribio.
TIB. Ea, manos á la obra. Tú eres una doncella circasiana. (A Manuela.)
MAN. Sí, señor.
TIB. Tú, príncipe, (A Africa.) colócate aquí. Tú, sultán, ¡sultán! Chisst...
TOR. Mande, señor.
TIB. Tienes que hacer el amor á Doña Brenda.
TOR. Peru, señor, si nun la conozco.
TIB. Doña Brenda es mi mujer. ¿Ya no te acuerdas?... Tú estás tísica. (A Filomena.)
FIL. ¿Yo?...
TIB. Sí, y rabiando de celos por aquella. Tú eres una bruja disfrazada de mujer hermosa.
FIL. Mira, Tiberio, no me digas eso ni en broma.
TIB. Mujer, si todo esto es de mi obra. Tú, Filomena, sientate en esta silla.
FIL. ¿Pero y tú de qué haces?
TIB. Yo soy el eunuco de aquella. (Tiberio entrega á Toribio un borrador y le pone de rodillas delante de Filomena en la izquierda, Manuela y África en le derecha. Las dos como escondidas observando á Toribio y Filomena. Tiberio en medio observando y dirigiendo el cuadro que debe hacerse cómicamente.)
TIB. Eso es, así; venga diálogo.
TOR. (Leyendo con dificultad.)
«Hermosa, cristiana, escucha
de éste curazón los ayes;
vente conmigo al haremque...»
TIB. ¿Cómo al arenque? Al harem, coma; que allí, etc.
TOR. Vente conmigo al harem, coma, que allí, etcetera.
TIB. Que allí; sigue bárbaro.

TOR. Que allí; sigue bárbaro.
TIB. Pero sigue leyendo.
TOR. «Que allí nu ha de verte nadie.
¿Consientes?...»
(Tiberio apuntando al oído de Filomena en voz baja lo que ésta dice.)
FIL. «Consiento, sí.»
TOR. «¡Bendita sea tu madre!»
TIB. (A Filomena.) Echate en sus brazos: anda abrázala. (Toribio intenta abrazarla, Doña Filomena le rechaza bruscamente)
FIL. Quítate, bárbaro.
TIB (A Manuela y Africa.) Vosotras gran sorpresa y música.

Musica

TIB.
Prestadme ahora
mucha atención,
porque es muy seria
la situación.
TOR.
Oye mi amante ruegu
que brota del curazón,
de un curazón de fuego
que estalla de pasión.
TODOS
De un corazón de fuego
que estalla de pasión.
TIB.
Va muy bien.
Sí señor.
Y sigue enamorándote
con mucho más ardor.
Para que aprendas
mírame á mí,
que lo que viene ahora
hay que decirlo así:
Mientras duermen mis esclavos
y reposa todo en el harém,
Deja que en tus brazos caiga yo amoroso,
porque así me encuentro yo muy bien.
TODOS
Así, muy bien.
FIL.
Vuestro amor me compromete.
¡Ay, Sultán! ¿Qué váis á hacer,
que ponéis asi, en un brete,
el honor de una mujer?

TOR. ¡Ah!... ¡Sí!...
Mi Sultana tú has de ser.

FIL. ¡Yo estoy temblando!
¡Yo estoy nerviosa!
¡Ay, qué desgracia
nacer hermosa!

AFRICA
TOR.
MAN. } ¡Ah!...

¿Por qué ha querido el cielo
que yo la vuelva á ver?
Y aunque quiera olvidarle,
después de verla no puede ser.

TOR. Coges al punto el mandolín,
vienes debajo del balcón,
y entonas luego la canción
entre las sombras del jardín.

AFRICA Así, así, así.
Una noche en que la luna
no daba su luz tan bella...
¡vida mía!...
una noche en que la luna
no daba su luz tan bella,
solamente alguna estrella
me alumbraba por fortuna.
¡vida mía!
Sin alegría ninguna,
en el cementerio entré,
y una dalia coloqué,
en prueba del amor mío,
donde está el sepulcro frío
de la mujer que adoré.
¡Vida mía!

TOR. ¡Ah!...

FIL. Y TIB. } Calla, y no la acompañes,
porque si lo haces sudo betún.

TODOS ¡Suda betún!
Rinquitrún,
quirrín, quitrín, quitrún.
Rinquitrún,
quirrín, quitrín, quitrún.

Hablado

TIB. ¡Magnífico! Ya he hallado la falta. (Campanilla.) ¡Chiss!... ¡Quietos! ¡No me descompongais el cuadro! Yo saldré. (Mútis por el foro.)
FIL. (¡Qué calma se necesita!)
TOR. (Es mas pesadu...)
MAN. (El arroz se estará pegando.)
AFRICA (Con esto le haremos transigir en lo otro.)
TIB. (Atropelladamente.) Manuela. Vete á abrir, corre.
FIL. ¿Pero quién es? (Mútis Manuela.)
TIB. No le conozco. Pregunta por mí. Debe ser algún empresario. Largo. Necesito estar solo. (Tiberio empuja á Filomena y á Africa por la izquierda, Toribio sale por el fondo.) Ya siento halagada mi vanidad de autor.

ESCENA IX

DON TIBERIO y RODRIGO, de levita

ROD. ¿Don Tiberio Grande?
TIB. Servidor. Pase usted.
ROD. ¿Qué tal vamos?
TIB. Bien. Tome usted asiento. (Lo hace.)
ROD. (Voy á tener un suegro muy amable.)
TIB. (Qué empresario tan fino.) Usted dirá.
ROD. Vengo á exponer á usted mis pretensiones respecto de... su Africa.
TIB. (¿No lo dije?)
ROD. ¿Supongo que le habrán enterado ya?...
TIB. Nada, no, señor. Pero no importa. Puesto que usted y yo vamos á entendernos directamente.
ROD. En efecto, sí, señor. Es la sultana de mi albedrío y quiero...
TIB. Pues yo, como padre de la criatura, debo hablarle con franqueza.
ROD. Eso es lo que yo deseo.
TIB. Confesaré á usted que me ha proporcionado serios disgustos con mi mujer por su carácter imposible.
ROD. ¡Me deja usted asombrado!

TIB. Sí, señor. Es enemiga de ciertas aficiones mías... Acaso yo no debiera hablarle con esta franqueza.

ROD. Al contrario. Así me prueba usted la confianza que le inspiro.

TIB. ¡Ah! Eso sí. Por completo. A nadie más que á usted estoy dispuesto á dársela. Y respecto de la cantidad, sabré cumplir lo prometido.

ROD. (¿De la cantidad? Hablará del dote.) No hablemos ahora de eso... Hasta el día que sea...

TIB. Bueno.

ROD. Lo principal es que usted consienta y me la conceda. Yo la deseo vivamente. Me gusta mucho.

TIB. ¡Ah! ¿Luego usted la conoce?

ROD. Naturalmente.

TIB. (A este le han hablado los del café.) Pues eso, desde luego. Usted es el primero que me la pide, usted es el primero que se la lleva. Yo no me caso con nadie. Al primero que viene se la doy.

ROD. (No está mal.)

TIB. Por supuesto, hay que hacer la cosa con todo el aparato que su argumento requiere.

ROD. Sí, señor; aunque sin alardes de ostentación.

TIB. Bien; pero esmerándose en ella todo lo que sea posible; porque, sin pasión, es mi mejor obra.

ROD. Al fin y al cabo es hija de usted.

TIB. Sí, señor, legítima. Completamente original; crea usted que nadie ha tomado parte en su creación.

ROD. Lo supongo.

TIB. Ni tiene nada de francesa.

ROD. Eso ya lo sé.

TIB. Vamos á ver. ¿Usted la quiere de veras?

ROD. Cuando vengo á pedírsela, ¿qué mayor prueba necesita usted?

TIB. En ese caso, se la puede usted llevar ahora mismo. Cuanto antes, mejor. (Levantándose los dos.)

ROD. ¡Hombre! Me parece prematuro.

TIB. Sí, lo comprendo. Tendrá usted por ahí otros compromisos...

ROD. No lo crea usted.

TIB. (Habrá otros autores delante de mí, y es claro...) Bueno. ¿Cuándo piensa usted estrenarla? Le advierto á usted que esa noche, allí nos metemos todos los amigos.

ROD. ¿Todos los amigos?

TIB. Sí, hombre; á verles á ustedes trabajar, y á darles una ovación si lo hacen bien. (Esta frase debe acompañarse con la acción de aplaudir.)

ROD. (¿Qué dice este hombre?)

ESCENA X

DICHOS y FILOMENA

FIL. ¿Estorbo?

ROD. Nunca, doña Filomena.

TIB. Silencio, amigo mío.

FIL. ¿Qué hay?

ROD. Consiente.

TIB. Pero, cómo, ¿se conocían ustedes? Mas motivo para que mi obra...

FIL. ¿Volvemos á las andadas?

TIB. ¿Te has empeñado en estorbar el éxito que me espera?

ROD. ¿Qué éxito?

TIB. Pues el mío. ¿O cree usted que la van á patear?

ROD. Pero, entendámonos. ¿Usted por quién me toma?

TIB. ¡Pues, hombre, por un empresario!

ROD. ¡Yo empresario!... ¡Já, já, já!...

TIB. ¿Pues, quién es usted?

FIL. ¡Don Rodrigo del Campo!

TIB. ¡Don Rodrigo!... ¿Pero á usted no le habían ahorcado hace tiempo? (Muy quemado por la equivocación.)

ROD. Yo creo que no.

FIL. Es el novio de Africa, de tu hija. ¿Lo entiendes ahora?

TIB. ¿No es usted escritor?

ROD. No, señor. Teniente de navío.

TIB. Entonces, *non posso*. He dicho que el que se case con mi hija, ha de saber escribir.

ROD. Caballero, tengo muy buena letra.
TIB. No, señor.
ROD ¿Cómo que no?
TIB. Que no es eso. Digo que el marido de mi hija ha de producir algo.
ROD. ¡Hombre, yo!...
FIL. ¿Pero, aún no has caído del burro?
TIB. Ni habrá quien me apee.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y ÁFRICA, por la izquierda

AFRICA ¡Mamá!... ¡Ah!... (Se para al ver á Rodrigo.)
FIL. Ven, hija mía, ven. Vamos á ver: dí á tu padre que quieres casarte.
AFRICA Papa. (Con rubor.) Yo quería casarme.
TIB. ¡Cásate, hija mía, cásate! (Mirando á Rodrigo con lástima.) ¡Ah... joven aturdido! ¿Qué va usted á hacer?
ROD. Ser feliz.
TIB. Una condición. Tenéis que aguardar al estreno de mi obra, á la gloria de mi nombre.
ROD. ¡Hombre, por Dios!... (Suplicando.)
AFRICA (Idem.) ¡Papá!
FIL. Solteros toda la vida. Ya os podéis sentar si aguardais á que le aplaudan á tu padre.
TIB. Pues, sí.
FIL. Pues, no.
TIB. Sí.
FIL. No.
TIB. ¿Crees que no me aplaudirán LA SULTANA DE MARRUECOS?... Ahora verás tú.
(Al público.)

Por salir de la costumbre
de suplicar casi siempre
dos cariñosas palmadas
al terminar un juguete,
yo quiero ser más modesto
con quien es tan complaciente,
y no pido que me aplaudan,
pero no silben ustedes.

ORQUESTA.—TELÓN

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranza, sin cuyo requisito no serán servidos.